

¿Por qué las creencias desafían la evidencia de lo real?

Why do beliefs challenge the evidence of reality?

LUCIA SANTAELLA - ORCID 0000-0002-0681-6073

(pág 131 - pág 140)

RESUMEN. El tema de las burbujas digitales, es decir, grupos de personas que se unen porque comparten sus creencias, ha sido ampliamente estudiado porque ahora estamos bajo el poder de la manipulación algorítmica que controla todos los datos que se muestran en las redes. Esta cuestión tiene resultados desastrosos, porque cuando están dominadas por creencias falsas, las personas son protagonistas de la difusión de desinformación, perjudicando la salud de la democracia. Este artículo profundiza en esta discusión haciendo uso de la teoría de Peirce sobre los métodos de fijación de creencias, que nos ayuda a apreciar el poder de las creencias inmutables y la dificultad de liberarnos de ellas.

Palabras clave: creencias, evidencia, realidad, desinformación, Charles S. Peirce.

ABSTRACT. The topic of digital bubbles, that is, groups of people who come together because they share their beliefs, has been extensively studied. Today, they are under the power of algorithmic manipulation, which controls all the data that is displayed on the networks. This issue has disastrous results, because when dominated by false beliefs, people are the protagonists in the dissemination of disinformation, damaging the health of democracy. This article delves deeper into this discussion by using Peirce's theory of the methods of fixing beliefs, which helps us to assess the power of immutable beliefs and the difficulty of freeing ourselves from them.

Keywords: beliefs, evidence, reality, disinformation, Charles S. Peirce.

LUCIA SANTAELLA, Pontificia Universidad Católica de São Paulo (PUC-SP), es investigadora 1A en CNPq, profesora de posgrado en Comunicación y Semiótica y en Tecnologías de Inteligencia y Diseño Digital. Tiene Doctorado en Teoría Literaria (PUC-SP) y Docencia Libre en Ciencias de la Comunicación (Universidad de São Paulo-USP). Hizo repetidos postdoctorados y fue profesora visitante en varias otras universidades. Ya condujo a la defensa 300 maestrías y doctorados. Ha publicado 60 libros y organizado 35, así como más de 400 artículos en Brasil y otros países. Recibió los Premios Jabuti (2002, 2009, 2011, 2014), el Premio Sergio Motta (2005) y el Premio Luiz Beltrão (2010). E-mail de contacto: <lbraga@pucsp.br>

FECHA DE RECEPCIÓN: 19-03-2025 **FECHA DE APROBACIÓN:** 27-03-2025

No es ninguna novedad la manera en que las noticias falsas se difunden en las redes sociales, provocando como efecto la desinformación generalizada. Ya existe una abundante literatura dedicada a la discusión de la naturaleza de las noticias falsas, en análisis de las condiciones propicias para su difusión en las redes y a la exploración de los efectos, especialmente políticos, que generan en la sociedad, envenenando la construcción saludable de la ciudadanía (Ferrari, 2018; Bucci, 2018, 2019a, 2019b; Santaella, 2018, 2021). Los problemas son bien conocidos y ya existen iniciativas para combatirlos, desde agencias de verificación de hechos, pasando por movimientos activistas dentro y fuera de las redes, hasta la incorporación del tema en debates escolares para concienciar a niños y jóvenes.

Este artículo centrará su atención en una cuestión fundamental: ¿por qué las personas son llevadas a creer en la mentira y sus derivados, incluso cuando hay hechos que evidencian su falsedad? Se ha estudiado y difundido ampliamente la teoría de las burbujas digitales, que agrupan a las personas en círculos con los que se identifican porque se alimentan de creencias similares. ¿Por qué ocurre esto? La razón radica en la manipulación de los algoritmos sobre los datos que se publican en las redes? Sí, pero no solo en eso. Lo que aún falta esclarecer es precisamente lo que este artículo pretende discutir: cómo se fijan las creencias y por qué resulta difícil desprendérse de ellas, incluso cuando la realidad presenta todos los indicios de que lo contrario es plausible o verdadero.

1. LAS FAKE NEWS Y SUS DIFUSORES

Las *fake news* solo se difunden porque los usuarios de las redes sociales las adoptan. Ahora bien, aunque suelen ser recriminados por esta adhesión, los usuarios no dejan de ser seres pensantes, que también sienten, actúan y, de una forma u otra, traducen e interpretan a su manera los signos que circulan ininterrumpidamente por las redes. Es necesario, por lo tanto, comprender el papel semiótico de los usuarios, quienes no dejan de ser intérpretes de los signos que emiten, reciben y comparten. ¿Qué lugar ocupan estos intérpretes en el tiempo y espacio en que existen? ¿Qué medios utilizan para externalizar sus interpretaciones?

Todos los usuarios de las redes son personas vivas que existen en el tiempo y en el espacio. Son individuos que interpretan signos de acuerdo con el repertorio informacional, más o menos sofisticado o empobrecido, del que disponen. Lo que las redes sociales han traído de profundamente novedoso son las condiciones para la producción, difusión, contagio y propagación de información considerada como noticia. Tradicionalmente, en la era hegemónica de la comunicación de masas, las noticias eran producidas por fuentes restringidas que no iban más allá de algunos organismos o instituciones emisoras en competencia. Con el surgimiento de internet, la cultura digital y las redes sociales, han emergido nuevas formas de publicar, compartir y consumir información y noticias que están poco sujetas a regulaciones o estándares editoriales y morales. La autoridad y la habilidad para publicar están ahora al alcance de cualquiera, y su difusión se reduce a unos pocos clics instantáneos. Los enlaces en la red se parecen entre sí. No son evaluados con criterios diferenciados de valor. No hay reglas para la aceptabilidad de lo que se piensa y se dice cuando las normas desaparecen. Se han erosionado los principios de lo que debería ser una conversación.

Internet es un universo de todos y de nadie. Compartir se convierte en una norma en el funcionamiento de las redes sociales, generando así las condiciones para la propagación de rumores y noticias falsas. Las redes sociales favorecen el chisme, la novedad por la novedad, el sensacionalismo, la velocidad de la acción irreflexiva y del intercambio irresponsable. Todo esto ya no es novedad para nadie. Lo que es necesario explorar desde una perspectiva semiótica es cómo funciona la maquinaria interpretativa de los usuarios de las redes.

Desde la publicación del *bestseller Filter Bubbles*, del activista de internet Eli Pariser (2011), el término “burbujas” ha sido ampliamente utilizado para caracterizar el agrupamiento insular de los usuarios de las redes. Sin embargo, las burbujas siempre nos han constituido como signos e intérpretes de signos que somos. Sin las burbujas de creencias y convicciones en las que estamos inmersos, sería imposible existir. Necesitamos convicciones, ilusiones imaginarias y sueños para hacer la vida soportable y razonablemente vivible. Las burbujas que albergan nuestras convicciones no son solo nuestras, sino que se alimentan de todos aquellos que son semejantes a nosotros por compartir la misma visión del mundo, valores similares y patrones interpretativos en idéntica sintonía. El ser humano es, por principio y naturaleza, hemofílico. Solo nos gusta lo que nos refleja y tendemos a evitar aquello que aparece como diferente. La alteridad produce aprensión e incluso temor ante la amenaza de perder nuestra identidad.

La mente funciona mediante el reconocimiento de patrones, siendo atraída por aquellos ya conocidos en detrimento de los desconocidos. Precisamente por eso, se gasta mucho menos esfuerzo y energía mental ante lo repetitivo que ante la alteridad, ya que esta última nos obliga a romper hábitos y a crear nuevos caminos de pensamiento, de sentir y de actuar. Así, el poder de la creencia—en una idea, religión, afinidad política, entre otros—siempre ha existido.

No obstante, la diferencia más significativa que la vida en las redes ha instaurado es que nuestras creencias ahora son monitoreadas por algoritmos de inteligencia artificial. De este modo, los entornos en red intensifican el poder de las creencias, lo que los psicólogos cognitivos llaman sesgo de confirmación, ya que los algoritmos de inteligencia artificial progresivamente saben más de nosotros que nosotros mismos y solo nos envían aquello que identifican y suponen que queremos y nos gusta. Basta un solo clic en una información para que los algoritmos comiencen a enviarnos, día tras día y de manera repetitiva, información relacionada con aquello que en algún momento nos interesó.

Así transcurre nuestra participación en las redes. Es ingenuo pensar que podemos, como por arte de magia, romper las burbujas o liberarnos de ellas. También somos signos, es decir, la información que elegimos y con la que deseamos convivir también nos constituye. Sin embargo, esto no significa que todas nuestras convicciones sean necesariamente rígidas e inmutables. Es importante establecer una diferencia entre creencias inflexibles y creencias capaces de transformación. Para ello, se ha recordado con frecuencia, especialmente entre los especialistas en la semiótica de Charles S. Peirce, la teoría sobre los métodos de fijación de creencias desarrollada por él (CP 5. 358-387), la cual nos ayuda no solo a comprender cómo se fijan las creencias, sino también a entender por qué muchas veces estas se arraigan hasta el punto de desafiar la evidencia de la realidad. Es decir, creencias que se mantienen a pesar de ser refutadas por conocimientos fundamentados y hechos consumados. Los métodos peirceanos son tan operativos que nunca está de más presentar versiones sobre el tema, especialmente en las circunstancias algorítmicas en las que vivimos hoy.

2. ¿QUÉ SON LAS CREENCIAS?

Lamentablemente, la palabra “creencia” en lenguas latinas está muy marcada por un significado religioso, como si fuera un sinónimo de fe. Muchos pseudo-peircianos hacen esa confusión. Para iniciar la discusión, es necesario ampliar su significado a algo más cercano al sentido de convicción resultante de alguna forma de conocimiento. No todo conocimiento proviene de la absorción de las conclusiones elaboradas por la ciencia o la filosofía. El conocimiento abarca sustancialmente todo lo que pensamos o decimos, por lo que existen muchas formas de conocimiento. Hay conocimiento que surge de la intuición, al igual que hay conocimiento que proviene de la razón. Hay conocimiento que se manifiesta en el discurso, tanto como aquel que se obtiene a través de la percepción sensorial, la observación o la experimentación. Los medios son numerosos, diversos y diferenciados. Por ello, se puede hablar de conocimiento científico, filosófico, artístico, literario, teológico, así como también del conocimiento que proviene del sentido común. Nuestras convicciones se nutren y se conforman a estas formas de conocimiento, que a menudo se entremezclan. En definitiva, conocer es poseer alguna información o saber sobre algo. Estas son las bases de nuestras creencias, ya que las convicciones nos brindan confianza.

Sin embargo, la noción peirceana de creencia presenta detalles de originalidad. Las creencias son hábitos de pensamiento, y los hábitos son disposiciones para actuar. La creencia no es simplemente una fórmula verbal. “Es la conclusión de un proceso inferencial que involucra la vida activa y sensorial del ser humano. Por lo tanto, aclarar nuestras creencias es considerar cómo se determinarán a través de futuros hábitos de acción” (Savan, 1965, p. 43). Actuamos de acuerdo con lo que creemos. Nuestras creencias guían nuestras formas de actuar, es decir, nuestras conductas. En sus primeros escritos (ver Santaella, 2004: p. 29-76), Peirce definió la creencia en oposición a la duda, entendida esta última como la carencia de creencia.

Sin embargo, es importante señalar la trampa en la que caen muchos críticos cuando suponen que, al hablar de duda y creencia, Peirce tenía en mente estados y procesos estrictamente psicológicos y empíricos. Es evidente que hay aspectos psicológicos involucrados en estos estados, pero desde el principio —es decir, desde 1868 y mucho antes de la revisión de sus ensayos de 1877-78, conocidos como la serie cognitiva— Peirce concebía la creencia y la duda como hábitos de pensamiento o como rupturas de esos hábitos, los cuales guían y se manifiestan en modos de acción. A las acciones que tienden a repetirse de acuerdo con patrones uniformes bajo condiciones específicas, Peirce las llamaba hábitos, y la creencia, como hábito de pensamiento, es su ejemplo más legítimo. La duda, por lo tanto, representa la privación de una disposición para actuar. Es por esta razón que la duda hace que nuestras acciones sean más erráticas.

Estas consideraciones no agotan la riqueza de la noción peirceana de hábito, que se volvió cada vez más compleja a lo largo del desarrollo de su obra. Esta noción es original e importante para comprender su pragmatismo. Sin embargo, los principios enunciados anteriormente son suficientes para el propósito de este análisis. Por lo tanto, basta por ahora retener que, en la creencia, un hábito se ha establecido como una guía para nuestras acciones. Este hábito influirá en la naturaleza de los pensamientos futuros, lo que implica que diferentes hábitos conducirán a diferentes formas de actuar. El hábito involucrado en una creencia es la expectativa de ciertos efectos sensibles que serán producidos por el

objeto de nuestra interpretación; estos efectos esperados son precisamente el significado de nuestras creencias. Nuestra idea sobre algo es nuestra idea de sus efectos sensibles. Aquí se encuentran las primeras formulaciones de lo que más tarde se convertiría en la *máxima pragmática*, registrada por primera vez en el segundo ensayo sobre la *Lógica de la Ciencia*, titulado “Cómo hacer claras nuestras ideas” (CP 5.388-410).

En cuanto a la duda, esta funciona como un eje para el cambio de hábitos de pensamiento y acción, cambios que no son tan fáciles ni simples como podríamos pensar. Por esta razón, los métodos de fijación de creencias deben ser activados para comprender cuáles son las operaciones mentales y existenciales que pueden llevar o no a un cambio de hábitos.

3. LOS MÉTODOS DE FIJACIÓN DE CREENCIAS

¿Cuáles son los caminos o métodos por los cuales se fijan las creencias y cuáles son sus consecuencias? El método ideal sería aquel que surge de investigaciones honestas y confiables sobre los estados de cosas involucrados. Sin embargo, los métodos que con mayor frecuencia se emplean están lejos de la confiabilidad que Peirce denomina *método científico*, el cual es solo uno entre otros tres: el *método de la tenacidad*, el *método de la autoridad* y el *método a priori*. La explicación de estos métodos, con todas sus posibles implicaciones, puede encontrarse en el texto original, un escrito, por cierto, extremadamente accesible a cualquier lector, ya que Peirce lo redactó para una revista de divulgación científica.

El *método de la tenacidad* consiste en adoptar una respuesta para una cuestión y repetirla hasta el cansancio, hasta aprenderla de memoria. Es la forma más primitiva de fijar una creencia: simple, directa y capaz de proporcionar una gran paz mental. De todos los métodos, este es el más individualista e incluso voluntarista, ya que se basa en una elección personal que no pasa por el filtro de un juicio crítico.

Más colectivo que el método de la tenacidad, el segundo método, el *método de la autoridad*, funciona a través de la palabra de un líder, lo que le otorga un carácter comunitario. La voluntad del Estado, del legislador de la verdad, o de cualquier otra instancia, suprime la voluntad del individuo, proporcionando a cada persona la comodidad propia de todas las formas de gregarismo.

El tercer método, llamado *método a priori*, es el método del gusto. No apela a las personas para someterlas a una determinada autoridad, sino que las interpela como seres racionales. Es el método de todo aquello que atrae y seduce al individuo porque agrada a la razón, el método de la preferencia natural o del sentimiento. Muchas obras de arte y numerosos sistemas metafísicos han surgido y siguen surgiendo gracias a esta inclinación de la mente hacia lo que le resulta agradable. Según Peirce, el método cartesiano es un ejemplo de método a priori. De ahí que probablemente las ideas de la intuición, la duda universal y, sobre todo, la idea del *ego* sea tan irresistiblemente convincentes.

Antes de pasar al método que Peirce consideró el más razonable y confiable, es decir, el *método científico*, vale la pena considerar el análisis crítico que Peirce hizo de cada uno de los tres métodos anteriormente descritos.

El *método de la tenacidad* se alimenta de la obstinación y de la incapacidad de someter las creencias al escrutinio. Sin embargo, es frágil porque ningún individuo sano puede

vivir durante mucho tiempo encerrado egoístamente en sus propias convicciones sin verse confrontado con las creencias de los demás. Aunque este método ofrece consuelo a los espíritus más ingenuos e incautos, lamentablemente también está presente, disfrazado de conocimiento, en muchos entornos considerados productores y formadores del saber, cuando investigadores y académicos se aferran año tras año a los mismos esquemas, incapaces de cambiar. Ciertamente, tenemos elecciones y preferencias, pero estas deben ser someridas a comparación para evaluar su resistencia ante el enfrentamiento con otras perspectivas.

El *método de la autoridad* parece más resistente, pero tarde o temprano termina faltando, ya que las creencias sociales también están sujetas a cambio cuando se insertan en contextos con perspectivas más amplias. Este método posee el carácter de una obediencia preilustrada, pues el mensaje central del texto *¿Qué es la Ilustración?* de Kant radica en la propuesta de liberación del yugo de la autoridad. Debemos obedecer cuando es necesario, pero sin perder nuestra capacidad de crítica.

Además, si se lleva hasta sus últimas consecuencias, el *método de la autoridad*, cuando es aceptado ciegamente, puede llevar a la idolatría hasta el punto de la autoinmolación. Basta con algunos ejemplos, como los *kamikazes*, la idolatría política equiparada con la idolatría por un equipo deportivo, el 11 de septiembre y, uno de los casos más brutales, el del reverendo Jones.

El 18 de noviembre de 1979, 918 personas murieron en una combinación de suicidio colectivo y asesinato en Jonestown, una comuna fundada por Jim Jones, pastor y fundador del *Templo del Pueblo*, una secta pentecostal cristiana de orientación socialista. Aunque algunas personas fueron asesinadas a tiros y apuñaladas, la gran mayoría pereció al beber veneno mezclado con ponche de frutas, siguiendo las órdenes del pastor.

Fue un trágico final para un proyecto utópico iniciado en 1956 en el estado estadounidense de Indiana. A pesar de promover curaciones “milagrosas” fraudulentas, Jones también difundía ideales igualitarios, como la imposición de vestimenta modesta para los asistentes a sus cultos, la distribución gratuita de alimentos e incluso el suministro de carbón a familias más pobres en el invierno, lo que atrajo a una gran cantidad de fieles de diversos perfiles raciales.

Por otro lado, el *método que agrada a la razón* es mucho más intelectual y respetable que los anteriores. Si no hubiera otro método a seguir, este debería aplicarse, ya que es el que da expresión al instinto, que debe ser, en última instancia, la causa última de nuestras creencias. Esta fue la conclusión a la que Peirce llegó en 1910 (CP 5.383), cuando revisó su teoría de las creencias a la luz del instinto, entendiendo entonces el instinto como la fuerza de la naturaleza-animal-humana que guía los caminos de la supervivencia. Sin embargo, en 1877, él rechazaba categóricamente el *método a priori* porque, en el momento en que se emplea, la fijación de creencias se convierte en una cuestión de capricho, lo que es suficiente para condenarlo, al menos en el campo de lo razonable. Si este método es altamente eficaz en el arte, es porque en ese ámbito no se trata de fijar creencias, sino de regenerar la sensibilidad para la apreciación de lo admirable, como ya se discutió en Santaella (1994).

Finalmente, el método elegido fue aquel que Peirce llamó el *método de la ciencia*. Este presenta, desde el principio, dos aspectos fundamentales:

- (a) el hecho de haber conducido al establecimiento de teorías ampliamente aceptadas;
- (b) el hecho de obligarnos a prestar atención a la permanencia externa de las cosas.

Sobre todo, este método responde al impulso social del ser humano. Aunque hay algo de social en el *método de la autoridad*, este solo alcanza a una comunidad específica, cuya cohesión se mantiene mediante la ascendencia de un líder y la eliminación cuidadosa de cualquier fuente de duda. Sin embargo, cuando una comunidad se expone a otra con diferentes ideales o a un contexto ideológico más amplio, la palabra de la autoridad tiende a entrar en crisis.

El *método de la ciencia*, en cambio, no se encierra en espacios protegidos, sino que busca y utiliza opiniones y experiencias conflictivas para generar dudas genuinas sobre la veracidad de creencias establecidas. El rasgo principal de la realidad es que esta *insiste*, y el método científico es el que atiende a la existencia y persistencia de lo real, lo que Hanna Arendt llama “verdad factual” (1972).

El reconocimiento de la persistencia de la realidad ya estaba presente en la convicción peirceana desde sus primeras críticas contra el cartesianismo, según las cuales la conciencia individual no puede tomarse como el estándar de la verdad. La modificación de los hábitos de pensamiento, sentimiento y acción depende de nuestra atención a los hechos y pensamientos externos, pues son ellos — y no las fantasías personales ni el desarrollo lógico de nuestro propio pensamiento — los que constantemente modifican nuestras creencias.

En síntesis, en el *método de la ciencia* — más tarde también llamado *método pragmático* — nuestras creencias deben estar determinadas por algo externo a nosotros, ya sean hechos o pensamientos, y deben ser independientes de nuestros estados de ánimo y fantasías. Esto significa que los resultados a los que llegamos no deben ser producto del capricho, sino que deben responder a la permanencia externa de las cosas, es decir, a su realidad, y además deben ser públicos y estar sujetos a la crítica de los demás.

En última instancia, la mayor lección que podemos extraer de los principios del método científico para la vida práctica es que la realidad persiste, y esa persistencia es mucho más fuerte que la resistencia de los hábitos arraigados de pensamiento, sentimiento y acción.

Además, el impulso social del *método de la ciencia* está orientado hacia la comunidad de la especie humana en su conjunto, y no hacia la satisfacción autocomplaciente de pequeños o grandes grupos. Aunque se trata de un método que la ciencia lleva hasta sus últimas consecuencias, con sus protocolos, justificaciones y sanciones contra cualquier tipo de engaño, en realidad es un modelo de conducta aplicable a cualquier situación fuera del ámbito científico.

Así, el eje central del *método científico*, aplicable también a los hechos de la vida cotidiana, es la *duda*, ya que solo ella tiene el poder de activar el cambio en los hábitos de pensamiento, sentimiento y acción cuando esto se vuelve necesario.

4. ¿DE DÓNDE SURGE LA DUDA?

Antes de todo, debemos considerar, tal como lo hace Peirce (CP 7.313), que existen estados de cosas que son indubitables. Él nos proporciona una lista:

- (a) Aquellos que, de ninguna manera, no pueden ser puestos en duda. En esta categoría aparecen ocho elementos, entre ellos, sensaciones, emociones, percepciones, acciones y reacciones directas sobre objetos externos, etc.

(b) Aquellos que son demasiado vagos para ser cuestionados, como los instintos, los juicios del sentido común, etc.

(c) Aquellos que no podemos dudar porque carecemos de fundamentos positivos para hacerlo. Si tenemos evidencia convincente que fundamenta una determinada interpretación de un hecho, la mera resolución verbal de dudar de ella no pasa de un formalismo inocuo.

Las creencias indubitables lo son porque son indeterminadas. En rigor, no existe ninguna cognición, ni siquiera una percepción, que sea completamente determinada. Investigar, por lo tanto, es hacer que una creencia sea cada vez más determinada. Cuanto más determinada es una creencia, más susceptible es de ser asaltada por la duda. Comprender una creencia significa exponerla a una variedad de situaciones aún no determinadas. A esto se le llama *investigación*. Investigar es, en última instancia, interrogar y buscar respuestas. Pero, para cuestionar, debemos suponer que algo que antes no era cuestionable se ha vuelto problemático, lo que da origen a la duda.

No partimos de una duda absoluta, ya que no existe una duda general y universal, sino de dudas que surgen de la aplicación de las creencias a nuevas situaciones. La duda comienza cuando la función regular y no problemática de un hábito se ve interrumpida. Esta tiene dos facetas:

(a) Interrumpe una uniformidad establecida.

(b) Estimula la formación de un nuevo hábito que sustituirá al anterior.

Sin embargo, solo somos capaces de dudar cuando un hecho externo e inesperado nos impulsa a ello, desencadenando la investigación.

Existen tres formas a través de las cuales nace la duda:

(a) Mediante la experimentación imaginaria, un aspecto que se volvió cada vez más relevante en la concepción peirceana del papel de la duda en la investigación.

(b) Cuando dos hábitos de acción entran en conflicto.

(c) Cuando nos encontramos con hechos brutos, es decir, hechos externos e inesperados.

Estos son casos de duda genuina, en oposición a la duda de papel, es decir, aquella que surge cuando meramente se escribe en el papel que se duda. Lo que está expresado en “La fijación de las creencias” es el reconocimiento de la importancia del papel de la apertura a la experiencia en la capacidad de interrogar, tanto en la ciencia como en la vida cotidiana.

5. LAS BURBUJAS COMO INTENSIFICACIÓN DE LA TENACIDAD Y LA AUTORIDAD

La creencia es un hábito de acción que tiende a modificarse cuando se la enfrenta a una duda viva y genuina. Sin embargo, solo somos capaces de dudar cuando un hecho externo e inesperado nos impulsa a ello, lo que desencadena la investigación. Investigar es, en última instancia, interrogar (CP 7.313) y ponerse en busca de respuestas. Pero para cuestionar, debemos suponer que algo que antes no era cuestionable ahora se ha vuelto problemático, de donde surge la duda.

Podemos notar, entonces, que interrogar es una condición *sine qua non* para librarnos de la inercia mental y de la consecuente conducta repetitiva que caracteriza los métodos de fijación de creencias basados en la tenacidad y la autoridad. Ambos invitan al confort y a la ausencia de esfuerzo que son propios de la monotonía. Esta tendencia, que de alguna manera y hasta cierto punto siempre ha estado presente en las condiciones de comunicación previas a las redes sociales, ha adquirido una potencia notable en la vida en red y en las burbujas y cámaras de eco, que confinan a las personas bajo el efecto del contagio. A la fuerza de la inercia se suma la seducción de la homofilia. Aquí germina el terreno fértil para el fanatismo, la cancelación del otro, el veneno del odio, la incapacidad de escuchar y la ceguera ante los hechos y la evidencia de la realidad.

Sin embargo, las burbujas están compuestas por signos y, como tales, varían en complejidad, desde las más cerradas y categóricas hasta aquellas más amplias y ambiguas, abiertas a la duda y a la transformación. Tomando estas últimas como un ejemplo saludable, son porosas en la medida en que cultivan la curiosidad y la apertura a la alteridad. Este sería el ideal a perseguir, junto con el desarrollo de un nuevo hábito que se ha vuelto imprescindible en el uso de las redes: la práctica de la sospecha.

Hoy en día, las redes nos obligan a convertirnos en “colecciónistas de rastros” (Ribeiro, 2018), a transitar de los signos a sus objetos de referencia, mediante una experiencia colateral que explore el contexto de aquello a lo que el signo hace referencia hasta el punto necesario para que el signo se vuelva confiable. En resumen: poner en práctica un ejercicio de enriquecimiento de las interpretaciones, que pueden y deben generarse a partir de un cuidadoso cotejo entre el signo y aquello a lo que se refiere. Son nuevos modos de interpretar, un aprendizaje que incorpora la verificación como una forma de escuchar, ver y leer.

En el otro extremo, sin embargo, existen burbujas estrechas, asfixiadas en sí mismas, presas fáciles de las trampas de los algoritmos. Estas están fuertemente influenciadas por manipulaciones políticas, por el poder cegador del fanatismo religioso, deportivo y otros, es decir, son burbujas adictas a la monotonía de sus propios espejos empañados.

No obstante, culpar a estas burbujas por la proliferación de *fake news*, que hoy se difunden gracias al artificio de los *bots*, implica desviar el foco de la crítica. ¿Cuál es la razón fundamental detrás de la aceptación ciega y, aún peor, del compartir noticias falsas, sean producidas por humanos o por inteligencia artificial? La respuesta parece sencilla: la desinformación.

Pero ¿cuál es la causa raíz de la desinformación? Es necesario atacar el problema desde su origen. En el caso del tsunami de noticias falsas, la raíz del problema se encuentra en la falta de procesos educativos capaces de guiar a las personas hacia la autoexigencia de reformular constantemente sus visiones del mundo, del otro y de sí mismas.

Por lo tanto, el camino más saludable se encuentra en la educación, la vía principal para enriquecer y expandir nuestras burbujas, haciéndolas más porosas, abiertas a nueva información y a la escucha de la alteridad. En definitiva, como propuso el último Foucault, se trata de invertir en el “cuidado de sí”, en el crecimiento personal, en la búsqueda y producción de nuevas interpretaciones. Cuanto más amplias sean nuestras burbujas, habitadas por signos multidimensionales, más diverso se volverá el mundo y crecerá ante los ojos de nuestro espíritu, repercutiendo en nuestra forma de actuar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARENDT, H. (1972). Verdade e política. En H. Arendt, *Entre o passado e o futuro* (pp. 282–325). Perspectiva.
- BUCCI, E. (2018). Pós-política e corrosão da verdade. *Revista USP*, 116, 19–30.
- (2019a). *Existe democracia sem verdade factual?* Estação das Letras e Cores.
- (2019b). News não são fake – e fake news não são news. En *Pós-verdade e fake news: Reflexões sobre a guerra das narrativas* (pp. 37–48). Cobogó.
- FERRARI, P. (2021/2018). *Como sair das bolhas*. EDUC – Editora da PUC, 2^a ed.).
- PARISER, E. (2011). *The filter bubble: What the internet is hiding from you*. Penguin UK.
- PEIRCE, C. S. (1931–1958). *Collected papers* (Vols. 1–6, C. Hartshorne & P. Weiss, Eds.; Vols. 7–8, A. W. Burks, Ed.). Harvard University Press. [Citado como CP, según número de volumen y párrafo]
- RIBEIRO, D. M. (2018). *Limiares da cartografia: Deambulação, arqueologia e montagem no mapeamento de lugares* [Tese de doutorado, Pontifícia Universidade Católica de São Paulo].
- SANTAELLA, L. (1994). *Estética de Platão a Peirce*. Experimento.
- (2004). *O método anticasiano de C. S. Peirce*. Unesp.
- (2018). *A pós-verdade é verdadeira ou falsa?* Estação das Letras e Cores.
- (2021). *De onde vem o poder da mentira?* Estação das Letras e Cores.
- SAVAN, D. (1965). Decision and knowledge in Peirce. *Transactions of the Charles S. Peirce Society*, 1(2), 35–51.

